

RINCÓN DE LECTURAS
RECENSIONES

Robert Owen: textos del socialista utópico

José Ramón Álvarez Layna (ed.)
(2015), Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
Madrid, 484 pp.

Ricardo Cueva Fernández
Universidad Autónoma de Madrid
ricardo.cueva@uam.es

DOI: <http://dx.doi.org/10.20318/eunomia.2016.3301>

La verdad es que hacía mucho que uno había perdido la esperanza de ver traducida una parte significativa de la obra de Robert Owen. Ahora gran desconocido en nuestro país, su importancia para el socialismo no puede quedar a un lado en ningún caso, y menos aún, considerando la gran relevancia que tuvo su pensamiento en la construcción del movimiento obrero británico. Sus escritos tienen escasa fortuna hoy, quizás dada la escasa profundidad filosófica de sus páginas, pero tal extremo no debería hacernos olvidar la eficacia que desplegó en su época como organizador y activista, como auténtico defensor de una nueva religión para la Humanidad (p.411, o “de la caridad”, como él mismo también diría, p.246) que acabara con sus principales males y la depositara en la ruta hacia la felicidad y el progreso.

Y es que ese eudemonismo es lo que asoma precisamente una y otra vez en los textos aquí recopilados (“el fin del gobierno es hacer a los gobernados y a los gobernadores felices”, p.98, pues “el hombre nace con el deseo de obtener la felicidad”, p.90), propios de un espíritu ilustrado que nos informa acerca de la evidente conexión entre estas ideas y las del socialismo moderno que aparece ya a principios del siglo XIX, a través de obras como la suya o como la de los cartistas, entre otras muchas, por citar algunos ejemplos pertenecientes a idéntica área anglosajona. Owen, contemporáneo de Jeremy Bentham (quien además llegaría a asociarse con uno de sus proyectos), siempre estuvo preocupado por evitar el mayor mal posible al grupo más amplio de personas (“asegurar la felicidad para el mayor número”, p.343) porque no podía quedar justificado “una trivial ganancia para unos pocos, en oposición al sólido bienestar de tantos millones de seres humanos” (p.134), y en esto su parentesco con el utilitarismo que afluía una u otra vez en los movimientos sociales y reformistas británicos resulta evidente. Su esperanza, así, era la de fomentar la racionalidad del ser humano y contribuir a la supresión de sus miedos, supersticiones y perjuicios (pp.153-54), pero por medios graduales y pacíficos, ya que era claramente hostil a los conflictos que dieran al traste con la



armonía que perseguía para la vida social (“si todos los hombres estuvieran entrenados para ser racionales, el arte de la guerra quedaría reducido a un saber inútil”, p.93). El camino que trazaba con el fin de obtener esta meta fue volviéndose más ambicioso: comenzó por proponer sus planes a personalidades de la vida pública, dedicándole incluso un ensayo a “Su Alteza Real el Príncipe Regente del Imperio Británico” (p.47) y apelando a las instituciones tradicionales (p.115), para sumergirse después en una irrefrenable actividad con la que obtenía socios, entusiastas y apoyos financieros concretos que sirvieran para poner en pie sus proyectos de asentamientos.

La fe más o menos ciega que le sustentó para apoyar su ambición transformadora, fue sin duda su creencia en la idea de que el ser humano cometía errores y acciones inmorales, se prestaba a la degeneración o al vicio, sólo en tanto en cuanto no se emancipara de sus *circunstancias*. Su mensaje, en este sentido, no podía ser más claro: “desde los más lejanos tiempos ha sido normal en el mundo actuar desde la suposición de que cada hombre forma su propia personalidad, y que en consecuencia se le puede hacer responsable de todos sus sentimientos y hábitos, para que en consecuencia al mérito fuera la recompensa para algunos y el castigo lo fuera para otros. Todo sistema que se ha establecido entre los hombres ha estado fundado en estos principios erróneos” (p.80). Lógicamente, y bajo tal idea, Owen desplegó su crítica contra el clero de las distintas iglesias (al respecto, la “Segunda Ponencia sobre la Nueva Religión” contenida en la antología resulta muy reveladora) y fue uno de los puntales de la secularización que avanzó por Europa en su tiempo, cosa en absoluto extraña si consideramos que rechazaba la tradicional asignación de culpabilidad tan cara a los credos religiosos.

Por tanto, y en todo caso, su línea de actuación, siempre por etapas, se centraba en la formación de una generación inicial que luego diera paso a otras instruidas en el conocimiento de la misma forma y que impidiesen la reproducción de los males y penurias de la sociedad que Owen advertía, como por ejemplo los acarreados por el hambre, la miseria y, desde luego, el desempleo de una buena parte de los habitantes del imperio británico. Por tanto, lo que cabía hacer era construir un auténtico modelo educativo (incluso en fases, como demuestra una de sus conferencias pronunciadas en Manchester en 1839, pp.449-53 esp.), con el fin de que los seres humanos aprendieran por fin a ser libres, incluso “mentalmente” (p.353). Actuar *sobre* las circunstancias, así, de manera que pudiera transformarse las actitudes y capacidades del individuo, pero hacerlo además de forma *colectiva*, al unísono, reuniendo la fuerza de todos. La emancipación, pues, era una tarea solidaria y del conjunto, aunque siempre redundara a continuación en un provecho individual, ya que Owen no vislumbraba escisión relevante entre el bien público y el particular (p.97).

Este último aspecto, así, era además el que le hacía preguntarse una y otra vez cómo conseguir esa acción solidaria que fomentara la aparición de grupos organizados social, administrativa y productivamente (en torno al agro y las manufacturas), y para él la solución era la creación de células compuestas de cierto número de personas que pusieran en práctica sus ideales y que conformaran entre ellos auténticos contratos o pactos para confederarse (“pactos científicos y sistemáticos”, p.404). La base de estas “asociaciones voluntarias independientes” (p.242), poblados (p.44), sociedades (p.447) o asentamientos (p.176), tendrían como base una organización racional del trabajo en la que existirían menos horas de labor y más de asueto y aprendizaje, merced a los hallazgos tecnológicos y las mejoras en los cultivos y la industria. Su antimalthusianismo resulta claro al respecto, ya que para Owen “el conocimiento de la ciencia existente, y bajo la dirección adecuada”, permite al individuo “producir comida igual a más de diez

veces su capacidad de consumo” (p.177), de modo que “puede hacerse que la capacidad de crear riqueza avance perpetuamente a un ritmo progresivamente más acelerado” (p.284). La sobreproducción (p.285) y la depresión de salarios, habitualmente seguidos del hambre y el desempleo, de acuerdo con los ciclos y fluctuaciones económicas correspondientes del sistema en vigor, pueden por tanto quedar suprimidos mediante otro nuevo modelo de producción que implante las medidas adecuadas, entre otras, la creación de empleo público (pp.73, 122) y la institución de protección para la vejez y la enfermedad (pp.95, 291), así como la cesión de viviendas (p.94). Las condiciones materiales de vida, de este modo, son básicas para cualquier progreso humano, para su felicidad en suma (p.474). Al fin y al cabo, Owen tenía muy claro que el trabajo o las “clases trabajadoras” (p.284) debían conformar el eje de cualquier sociedad que quisiera avanzar y defendió todo tipo de medidas para que ocupara ese lugar “natural”, hasta el punto de señalar la especial desprotección de las habilidades manuales (pp.86, 283 y 284). Así, “debe considerarse que la mayor parte de la población pertenece o ha surgido de las clases trabajadoras; y de ellos tenemos la felicidad y la comodidad de todos los rangos, sin excluir a los más altos, que así se han visto especialmente beneficiados” (p.86).

Por supuesto, en el camino, el filántropo galés se encontró con diversos obstáculos e intentó superarlos a golpe de timón, aunque fuera por ello tildado de paternalista en numerosas ocasiones, sin desanimarse, y tornando más radical el tono de sus escritos. De esta forma, y si bien al principio su enemigo principal era la ignorancia en abstracto, que él cree poder liquidar con el concurso de la buena voluntad de hombres preclaros en general (p.97), después se ve obligado a perfilar de manera más acentuada su proyecto, con lo cual prevé construir una nueva teoría sobre el valor del trabajo (pp.286, 289), critica el mecanismo del mercado (pp.461, 176 y 371), y por último, y aquí ya augurando posteriores autores menos precavidos, defendiendo la abolición de la propiedad privada y la modificación de la estructura familiar a través de cambios en la institución matrimonial, dado que ambas se encontraban inexorablemente unidas (p.466).

A medida que Owen se pronuncia en todos estos términos, es claro, se acentúa su utopismo, se radicaliza pese a su persistente renuncia a toda actuación violenta. Pese al fracaso de *New Harmony* en América, y del rechazo de la petición del territorio tejano (1828, para evitar una confrontación, según el mismo afirma, que en efecto se produjo ocho años más tarde), su optimismo invencible le conduce una y otra vez a poner en marcha experiencias reales, prácticas sociales nuevas que pretendían alumbrar un nuevo futuro para la Humanidad. Su influencia en sus coetáneos fue bien real, y los owenitas contribuirían de forma importante al cartismo y por tanto, aun de forma indirecta, algo de su legado quedaría en la formación de la Primera Internacional. Justo es decirlo, ya sin un Owen que fallecería en 1854 y cuya amable propuesta, siempre un tanto apolítica y sin pretensiones de sustentar toma alguna del poder, no parecía concordar con el contexto estremecedor que vivía Europa a partir de las revoluciones de 1848 y así pronto parecería claro que hombres con mayor decisión política y menos reacios al desembarco brusco tomarían las riendas de los movimientos emancipadores: era el momento de Marx y Engels, Bakunin o Blanqui. Recordemos, al respecto, que para Owen la democracia era subsidiaria a su proyecto social, siempre descentralizado en unidades administrativas cuyos principales cargos debían rotar (p.457), basado en el espíritu cooperativo y benevolente y en la libertad de permanecer de sus participantes (p.382).

Fuera de España, y concretamente en el Reino Unido, siempre han existido varias ediciones de gran valor sobre los textos owenitas y uno de sus principales artífices, especialista en el autor y en general en los movimientos sociales del siglo XIX, ha sido Gregory Claeys, profesor de la *Royal Holloway* de Londres y autor, entre otros volúmenes, de *Citizen and Saints. Politics and anti-Politics in Early British Socialism* (1989). Precisamente es él quien redacta unas líneas que presentan brevemente esta antología de Owen, editada por José Ramón Álvarez Layna con gran mérito y que cuenta asimismo con un prólogo de Julio Seoane.

Y es que el traductor al cuidado de esta compilación publicada por el CSIC ha realizado una labor titánica, provisto de un entusiasmo que resulta fácil de percibir en el volumen. Álvarez Layna nos ofrece así un texto necesario para la comprensión de un autor que no merece el olvido, sino por el contrario, un estudio más pausado de lo que fueron sus ideas e influencia. Quizás esto es lo que haya intentado el propio Álvarez en otro libro que ha publicado recientemente, *Robert Owen, Socialista Utópico* (Mac Graw Hill, 2015), ya que tal extremo se echa en falta en una introducción demasiado somera pero que sin duda se ha querido sacrificar en aras de la extensión compiladora. La antología owenita editada por el CSIC han sido fruto de una selección rigurosa, su importancia resulta manifiesta y traza perfectamente el recorrido vital e intelectual del filántropo, aunque puedan faltar notas que contextualicen las diferentes fases de su trabajo e incluso una cronología que también vendría bien al lector, a quien se le presuponen demasiados conocimientos. Pero tales detalles no ensombrecen en absoluto lo que resulta un esfuerzo altamente meritorio, que cuida la selección de los términos al máximo, dada la confusión fácil que pueden suscitar su significado por las circunstancias específicas de la redacción inicial, y un orden de los textos impecable que nos deposita de una a otra etapa del discurrir de Robert Owen, atrayendo paulatinamente nuestra atención de modo que podemos comenzar con el filántropo institucionalista y finalizar la lectura con un socialista más vehemente y dispuesto a radicales transformaciones, pues “sin igualdad de condición, no puede darse virtud permanente o estabilidad en la sociedad” (p.464) .